

Mary Hunter Austin (1868-1934)

La Caminante (1907)*

La primera vez que oí hablar de ella fue en Temblor. Todos habíamos llegado el mismo día, entre acantilados romos y blanquecinos que surgían de un espejismo de agua, una nube pálida de polvo emergía de las ruedas, toda la pared muerta de las laderas resbaladiza y brillando por el calor, para enterarnos de que La Caminante se nos había adelantado en algún lugar de esta penumbra vertiginosa, bajando a Tulare a pie. Oímos de ella otra vez en el Carrisal, y de nuevo en Adobe Station, donde había pasado la semana previa a la esquila, y finalmente pude tener un atisbo de ella en Eighteen-Mile House cuando me dirigía a toda prisa hacia el norte en la diligencia a Mojave; después los pastores en cuyos campamentos ella dormía y los vaqueros de los rodeos me contaron acerca de su estilo de vida tanto como sabían. Tanto como si le contaran a ella del mío. Es decir, muy poco. Era La Caminante y nadie sabía su nombre, pero como se trataba de esa clase de mujeres a la que los hombres se dirigen con respeto, la llamaban Mrs. Walker a la cara y si ella quería, se daba por aludida. Iba y venía por nuestro mundo del Oeste con un propósito indescifrable, y si tenía algún refugio en el que descansar en el interín, o si seguía caminando constantemente entre sus raras e inexplicables apariciones en nuestra región, nunca lo supimos. Iba y venía, casi siempre como una especie de musa del viaje que engendra el espacio ilimitado; o, en raros intervalos, inundando maravillosamente con palabras, nunca de sí misma, sino de las cosas que había conocido y visto. Según su información, también debió haber visto algunos sucesos muy raros. Se encontraba en Maverick cuando la Gran Nevada y en Tres Piños cuando trajeron el cuerpo de Morena; y si alguien podía decir si De Borba mató a Mariana por rencor o en defensa propia, habría sido ella; solo que era imposible encontrarla cuando más se la necesitaba. Estaba en Tunawai cuando cayó el aguacero; y si le hubiera interesado podría haber aprendido las cosas más deseables acerca de las costumbres de animalitos que dejan rastro y habitan en madrigueras.

Todo eso ya hacía que mereciera la pena conocerla, aunque de hecho no era eso por lo que yo estaba deseosa de hacerlo; y tal como sucedió, cuando finalmente nos conocimos, no fue acerca de aquello de lo que hablamos. Para empezar, era una dama joven que había viajado sola en una región en el que hay una mujer cada quince personas. Había comido y pernoctado en campamentos de vaqueros y se había quedado durante días en puestos habitados por un solo hombre cuyos dueños no tenían más contacto con otros seres humanos que el encuentro aleatorio con buscadores de oro o con la diligencia que llegaba cada tres semanas. La habían llevado conductores de carros que la recogían en blancos desiertos calurosos y la dejaban en cruces de caminos sin nombre, a una distancia de días de cualquier lugar. Y todas estas circunstancias las superaba sin armas e ilesa. Tengo los mejores testigos para probar esto: los hombres que había por allí. Creo que hablaban de ello porque estaban muy sorprendidos, ya que no era el comportamiento que esperaban de sí mismos.

Comprendo bien esa naturaleza humana que menosprecia sus propios límites con un ardor demasiado ansioso, resplandeciendo por siempre veloz y blanco, más allá de los extremos de su desolación; y alguna noción he obtenido de la calma aislante que produce un deseo demasiado elevado como para rebajarse a ser satisfecho. Pero, con respecto a La Caminante, no se podía pensar así; y si alguna vez hubo algo de verdad en la absolución de ese delito que reside en el marco de un comportamiento calificado como propio de una dama, en este caso, habría sido inoperante. Lo que esto realmente significa es que no hay afrenta, siempre y cuando, en la estima de una audiencia en concreto, tu comportamiento no produzca ninguna. Con una audiencia en concreto me refiero a que

* Traducción de Gabriel Matelo

lo que te brinda protección en Mayfair no está bien considerado en Maverick. En cualquier caso, bajo ningún criterio se considera digno de una dama deambular por su cuenta, con una manta, un bolso negro y el monedero casi vacío, merodeando por territorios de toscos hombres solitarios.

Hubo otros motivos que alimentaron mi deseo de conocer personalmente a La Caminante. Entre ellos, los informes contradictorios que recibía sobre ella, por ejemplo, acerca de su belleza. Había quien decía que sí era hermosa y quien manifestaba que era fea hasta el punto de la deformidad. Tiene la cara retorcida, dijo alguien; un hombro más alto que el otro; aseguraban que cojeaba al caminar. Pero por las distancias que recorría, debía de estar en forma y ser joven. En cuanto a su cordura, la incertidumbre era la misma. En la mera evidencia de su estilo de vida estaba quebrada; pero no completamente rota, sino disfuncional. Sin embargo, su conversación reflejaba sabiduría y conocimiento, y la información que brindaba acerca de los caminos y los abrevaderos era tan fiable como la de un indio.

Según su propio relato, había comenzado a caminar para huir de una enfermedad. Durante años tuvo una persona inválida a quien cuidar, dejándola al final con el cuerpo roto y sin más recursos que sus propios pies para sacarla de esa situación. Parece ser que, además de la muerte de esa persona inválida, habían surgido otras preocupaciones, acerca de las cuales, y de una enfermedad que padecía, nunca fue clara, por lo que bien podría haber sido la locura la que la hizo salir, sobria y curada por fin por el grandioso remedio de la naturaleza. Debió de ser en aquella época que perdió su nombre. Estoy convencida de que nunca lo reveló porque ella misma no lo sabía. Era La Caminante, y la gente de campo la llamaba *Mrs. Walker*. Cuando la conocí, a pesar de llevar el pelo corto, calzar botas de hombre y tener el rostro curtido por las inclemencias del tiempo, su aspecto era muy agradable y equilibrado.

En ocasiones me la había encontrado en ranchos y estaciones de paso, donde la pude conocer lo poco que permitían las circunstancias, pero las cosas que deseaba saber requerían tiempo libre y tranquilidad. Y cuando la ocasión llegó, hablamos de otros asuntos.

Fue en el Little Antelope de Warm Springs que me crucé con ella en mitad de una mañana clara. El manantial se encuentra a kilómetro y medio del camino principal y está rodeado de los únicos árboles que se conocen en aquella región. Primero aparece un estanque plagado de algas de un verde venenoso, cada junco invadido al nivel del agua por incrustaciones de barro blanco. Después, tres robles inclinados en la pendiente y, debajo de ellos, el manantial solloza y gimotea un barro del color de la ceniza. Todas las colinas de aquella región descienden hacia el desierto para volver luego a ascender abruptamente hacia la Sierra. La hierba es gruesa y quebradiza y se torna del color de la paja al final de la temporada. Mientras cabalgaba junto al zanjón del manantial divisé a La Caminante sentada donde la hierba era más alta, con su bolso negro y su manta atada a un palo que había puesto a un costado. Era uno de esos días en que la conversación fluye con la espontaneidad de los espejismos en las calurosas mañanas azules del desierto.

No debe suponerse que mi informe acerca de una mujer de frontera vaya a proporcionar solo sus palabras sino el significado completo de su discurso. Con frecuencia, las palabras son meras puntualizaciones del pensamiento; o mejor dicho, crestas de grandes olas de silencios intercomunicativos. Sin embargo, el discurso de La Caminante era más abundante que el de la mayoría.

La mejor parte de nuestra charla de aquel día comenzó cuando por algunas palabras tuyas comprendí que había tenido un hijo. Esto me asombró, y después me pregunté por qué me había sorprendido, ya que tener hijos es lo más natural. Comenté algo al respecto, además de añadir que era uno de los regalos de la vida que no me quería perder. Eso llevó a La Caminante a decir que había tres cosas que, de conocerlas, se podría prescindir de todo lo demás, y que, si bien de todos modos eran buenas, mejoraban si estaban relacionadas y una surgía de la otra, como le había ocurrido a ella. Mientras ella hablaba decidí que realmente tenía la cara torcida, una especie de

deformación o sesgo natural en el que caía cuando la usaba simplemente como rostro, pero que desaparecía en el momento en que se convertía en vehículo de pensamientos o sentimientos.

La primera de las experiencias que La Caminante había encontrado que merecían más la pena había tenido lugar durante una tormenta de arena en el sur de Tehachapi en una primavera sin fecha. Calculé que debió haber sido por la época en que comenzó a encontrarse a sí misma, tras el periodo de preocupación y pérdida en el que inició su vagabundeo. En una jornada que auguraba tormenta, había llegado al campamento de Filon Geraud, cuando el otro pastor se había ido a *pasear*¹ a Mojave durante tres días con el fin de aprovisionarse. Geraud era fuerte, fogoso, bromista y tenía un indudable encanto con las mujeres. Se trataba de esa estación del año en que la temperatura es suave durante el día pero cuyas noches son heladas y los corderos aún no están listos para unirse al ganado. En esas épocas una tormenta de arena puede causar un desastre incalculable. El empuje del viento es tal que toda la tierra parece viajar sobre él inclinada, alzándose en el aire a una altura de kilómetros. Con un sofoco insoportable, los corderos pierden a sus madres y ni los perros ni los hombres pueden hacer nada al respecto.

La mañana había resplandecido a través de un horizonte que no era sino una mancha amarilla; para el mediodía el ganado ya se había dividido.

—Solo estábamos nosotros dos para lidiar con el problema —me contó La Caminante—. Hasta ese momento yo no sabía lo fuerte que podía ser mi cuerpo si lo necesitaba, ni lo bueno que es correr cuando hay que hacerlo. El viento se llevaba el ganado, la arena nos picaba la cara; gritábamos y luego de un rato escuchábamos nuestras palabras rotas en pedacitos por el viento. Pero pasado un tiempo ya no tuvimos que gritar. En todo momento, mientras corría por el crepúsculo amarillo y la negra oscuridad de la noche, sabía dónde se hallaba Filon. Estaba con el ganado, lo sabía. ¿Sentir? ¿Qué debía sentir? Sencillamente lo sabía. Corrí con el ganado y lo organicé de la misma forma que lo hubiera hecho Filon.

“Tal era la fuerza del viento que, cuando nos encontrábamos, nos pegábamos el uno al otro y hablábamos un poco entre jadeos. Mientras corríamos, manoteábamos lo que se podía para comer. Todo ese día y esa noche hasta la tarde siguiente el equipo del campamento no se salvó de la debacle. Pero retuvimos el ganado. Cuando el viento se calmó un poco, guiamos a los corderos bajo una colina. En el momento en que la tormenta se hizo más fuerte el grupo volvió a romperse, pero seguimos a los animales y logramos reunirlos de nuevo. Por la noche el viento se suavizó y dormimos por turnos; al menos Filon durmió. Yo me tumbé en el suelo cuando me llegó el turno y escuché la tormenta. No estaba más cansada que la tierra. La arena llenaba las arrugas de la manta, y cuando me daba vuelta, caía al suelo. Pero salvamos las ovejas. Algunas de ellas, nerviosas a causa de lo que había ocurrido, dejaron de dar leche, por lo que varios corderos murieron. Pero conseguimos mantener el ganado unido. Y yo no estaba cansada.

La Caminante estiró los brazos y se rodeó con ellos, meciéndose como si estuviera abrazando contra su pecho el recuerdo que acababa de relatarme.

—Ya ve —dijo—. Trabajé con un hombre, sin dar excusas, sin que me importase mi aspecto exterior o lo que pensaran de mí. Sin chapuzas ni torpezas como hacen las mujeres, y deseando con todas mis fuerzas que las cosas salieran bien. Filon no me preguntaba: ¿Es usted capaz? ¿Le importaría? Me decía: Hágalo. Y yo lo hacía. Realicé un buen trabajo. Conseguimos mantener el ganado unido. Y eso —la expresión retorcida volvió a surgir en el rostro de La Caminante— es una de las cosas que te hacen capaz de actuar sin las otras dos.

—Sí. ¿Y cuáles son las otras dos?

¹ En español en el original. [N del T]

—Oh —se sobresaltó como si eso la pellizcara—, pues el aspecto exterior y lo que los demás piensen de ti.

Hasta ese momento yo había creído que alguien que tenía el valor de ser La Caminante no daría importancia a esas nimiedades. Nos sentamos y observamos el dibujo que dejaba la gruesa hierba aplastada sobre la pendiente, temblando en ese fiero mediodía como el pelaje de una bestia tranquila. El dolor de una amargura tan vieja como el mundo sollozaba y suspiraba a través del manantial. Por fin, me atreví a decir:

—Es por tu aspecto y lo que los demás piensan de ti que las oportunidades se te presentan.

—Así ocurrió con Filon —asintió La Caminante. Sonrió y empezó a contarme que cuando el viento bajó de intensidad a eso de las cuatro en punto, dejando una tarde limpia y cálida tras de sí, el ganado se puso a comer. Habían sacado las cosas del campamento y habían cocinado. Una vez que terminaron, Filon, con la pipa entre los dientes, se levantó de su sitio ante el fuego y se tumbó en el suelo junto a ella. Fue idea propia. Hubo algo en la forma en la que me lo contaba que me dio a entender que nunca le había ocurrido nada de eso a La Caminante, y por un momento pensé que estaba a punto de contarme las cosas que deseaba saber; pero continuó explicándome lo que Filon le había dicho acerca de su trabajo con el ganado. Cosas obvias y educadas, las que un hombre medianamente decente hubiera dicho, por lo que es seguro que las palabras iban acompañadas de algo más para que La Caminante las atesorara en su corazón de esa forma.

—Estábamos realmente cómodos —continuó—, y no nos sentíamos tan cansados como hubiera sido de esperar. Filon se apoyó en un codo. Hasta ese momento no me había dado cuenta de lo anchos que eran sus hombros, de lo fuertes que eran sus brazos. Y juntos habíamos salvado el ganado. Ambos lo sentíamos así. Algo en la forma en que sus hombros se inclinaban hacia mí parecía decir: «Juntos». Podía sentirlo en el temblor de su boca, en sus mejillas ardientes, en el brillo de sus ojos. Y por debajo del brillo, la mirada, esa mirada que decía: «Somos un solo cuerpo y una sola mente». Sus ojos eran del color del agua en los Tulares, ¿sabes a lo que me refiero?

—Sí, lo sé.

—El viento se había detenido y toda la tierra olía a polvo, y Filon entendió muy bien que lo que yo había hecho con él no podría haberlo hecho tan bien con otra persona. Y su mirada, la mirada en sus ojos...

—¡Ya veo!

Siempre lo he dicho, y lo digo de nuevo: no sé por qué en ese momento La Caminante me tocó: si fue solo una respuesta a mi impulso inconsciente de empatía, o la manera impremeditada de su corazón de manifestar que esta, después de todo, había sido la mejor de las experiencias indispensables; o si, en un flash de visión prospectiva que abarcaba los años sin pasión, la agitación y el movimiento de cariño se dirigieron hacia mí; pero no, siempre que lo he vuelto a pensar, surge una razón diferente pero no conclusiva acerca de por qué La Caminante extendió su mano y la posó en mi brazo.

—Trabajar juntos, amar juntos —dijo La Caminante, retirando su mano—, ahí tienes dos de las cosas, la otra ya la conoces.

—La boquita en el pecho —adiviné.

—Los labios y las manos —añadió La Caminante—. Esas manitas ansiosas y ese lloriqueo.

A eso le siguió una pausa de plena comprensión, mientras la tierra ante nosotras nadaba en el mediodía, y una paloma en los robles detrás del manantial comenzó a llamar. Un zorrillo rojo salió de las colinas y chapuceó delicadamente junto a una laguna.

—Me quedé con Filon hasta el otoño —continuó ella—. Durante todo ese verano en la Sierra, hasta que llegó el momento de volver al sur por la huella. Fue una buena época, y duró más de lo que se podía esperar que él amara a alguien como yo. Además, yo ya no podía salir al camino. Mi bebé nació en octubre.

Cualquier otra cosa que hubiera que decir, la mano de la Mujer Caminante lo dijo, desviándose con un gesto recordatorio hacia su pecho. Hay muchas formas de amar y trabajar, pero solo hay un primer hijo. Tras una pausa, añadió que no sabía si hubiera abandonado su caminar para quedarse en casa y cuidar de él o si la idea de los piecitos de su hijo a su lado en los caminos le hubiera llevado a emprenderlo de nuevo. El bebé no había permanecido lo suficiente en este mundo para averiguarlo.

—Y siempre que sopla el viento por la noche —dijo La Caminante—, me despierto y me pregunto si está bien tapado.

Cogió su bolso negro y su manta; debía llegar al rancho en Dos Palos antes del anochecer. Se marchó como lo hacen los forasteros, sin expresar deseo de volver a encontrarnos y sin decir adiós. Era La Caminante. Eso es todo. Se había alejado caminando de todos los valores inventados por la sociedad; y, sabiendo qué era lo mejor cuando lo mejor se le presentaba, había sido capaz de atraparlo. Trabajo, como yo creía; amor, como La Caminante lo había demostrado; un hijo, como usted bien supone. Pero, mire, era la experiencia desnuda a lo que La Caminante se aferraba, no disfrazada o trucada por, por ejemplo, los prejuicios a favor de ciertas ocupaciones; y el amor, el amor de hombre, lo tomaba como venía, sin escogerlo y sin rechazarlo si no portaba un compromiso de permanencia; y un hijo, de *cualquier* modo en que lo tengas, un hijo es algo bueno, como dicen la naturaleza y La Caminante; tenerlo y no esperar la concurrencia adecuada de tantas galas que hacen que quizás no llegue nunca el evento.

Al menos una de nosotras debe estar equivocada. Trabajar, amar y tener hijos. *Eso* suena bastante fácil. Pero el modo en que vivimos establece numerosas cosas de mucha mayor importancia.

A lo lejos en el oscuro y caluroso valle, pude ver a La Caminante con su manta y su bolso negro colgándole del hombro. Tenía un andar raro, como si se inclinase, como si de hecho toda ella estuviera torcida.

Recordando de pronto que la gente decía que era coja, corrí hacia el espacio abierto detrás del manantial por el que había pasado. Allí, en la arena desnuda y caliente las huellas de sus dos pies yacían uniformes y blancas.

The Walking Woman

Mary Austin (a.k.a. Mary Hunter Austin) (1868-1934)

Originally from *Atlantic Monthly* No. 100 (1907), pp. 216-20.

First collected in *Lost borders* (1909)

THE first time of my hearing of her was at Temblor. We had come all one day between blunt, whitish cliffs rising from mirage water, with a thick, pale wake of dust billowing from the wheels, all the dead wall of the foothills sliding and shimmering with heat, to learn that the Walking Woman had passed us somewhere in the dizzying dimness, going down to the Tulares on her own feet. We heard of her again in the Carrisal, and again at Adobe Station, where she had passed a week before the shearing, and at last I had a glimpse of her at the Eighteen-Mile House as I went hurriedly northward on the Mojave stage; and afterward sheepherders at whose camps she slept, and cowboys at rodeos, told me as much of her way of life as they could understand. Like enough they told her as much of mine. That was very little. She was the Walking Woman, and no one knew her name, but because she was a sort of whom men speak respectfully, they called her to her face Mrs. Walker, and she answered to it if she was so inclined. She came and went about our western world on no discoverable errand, and whether she had some place of refuge where she lay by in the interim, or whether between her seldom, unaccountable appearances in our quarter she went on steadily walking, was never learned. She came and went, oftenest in a kind of muse of travel which the untrammelled space begets, or at rare intervals flooding wondrously with talk, never of herself, but of things she had known and seen. She must have seen some rare happenings, too — by report. She was at Maverick the time of the Big Snow, and at Tres Piños when they brought home the body of Morena; and if anybody could have told whether De Borba killed Mariana for spite or defence, it would have been she, only she could not be found when most wanted. She was at Tunawai at the time of the cloudburst, and if she had cared for it could have known most desirable things of the ways of trail-making, burrow-habiting small things.

All of which should have made her worth meeting, though it was not, in fact, for such things I was wishful to meet her; and as it turned out, it was not of these things we talked when at last we came together. For one thing, she was a woman, not old, who had gone about alone in a country where the number of women is as one in fifteen. She had eaten and slept at the herders' camps, and laid by for days at one-man stations whose masters had no other touch of human kind than the passing of chance prospectors, or the halting of the tri-weekly stage. She had been set on her way by teamsters who lifted her out of white, hot desertness and put her down at the crossing of unnamed ways, days distant from anywhere. And through all this she passed unarmed and unoffended. I had the best testimony to this, the witness of the men themselves. I think they talked of it because they were so much surprised at it. It was not, on the whole, what they expected of themselves.

Well I understand that nature which wastes its borders with too eager burning, beyond which rim of desolation it flares forever quick and white, and have had some inkling of the isolating calm of a desire too high to stoop to satisfaction. But you could not think of these things pertaining to the Walking Woman; and if there were ever any truth in the exemption from offense residing in a frame of behavior called ladylike, it should have been inoperative here. What this really means is that you get no affront so long as your behavior in the estimate of the particular audience invites none. In the estimate of the particular audience — conduct which affords protection in Mayfair gets you no consideration in Maverick. And by no canon could it be considered ladylike to go about on your own feet, with a blanket and a black bag and almost no money in your purse, in and about the haunts of rude and solitary men.

There were other things that pointed the wish for a personal encounter with the Walking Woman. One of them was the contradiction of reports of her — as to whether she was comely, for example. Report said yes, and again, plain to the point of deformity. She had a twist to her face, some said; a hitch to one shoulder; they averred she limped as she walked. But by the distance she covered she should have been straight and young. As to sanity, equal incertitude. On the mere evidence of her way of life she was cracked; not quite broken, but unserviceable. Yet in her talk there was both wisdom and information, and the word she brought about trails and water-holes was as reliable as an Indian's.

By her own account she had begun by walking off an illness. There had been an invalid to be taken care of for years, leaving her at last broken in body, and with no recourse but her own feet to carry her out of that predicament. It seemed there had been, besides the death of her invalid, some other worrying affairs, upon which, and the nature of her illness, she was never quite clear, so that it might well have been an unsoundness of mind which drove her to the open, sobered and healed at last by the large soundness of nature. It must have been about that time that she lost her name. I am convinced that she never told it because she did not know it herself. She was the Walking Woman, and the country people called her Mrs. Walker. At the time I knew her, though she wore short hair and a man's boots, and had a fine down over all her face from exposure to the weather, she was perfectly sweet and sane.

I had met her occasionally at ranch-houses and road-stations, and had got as much acquaintance as the place allowed; but for the things I wished to know there wanted a time of leisure and isolation. And when the occasion came we talked altogether of other things.

It was at Warm Springs in the Little Antelope I came upon her in the heart of a clear forenoon. The spring lies off a mile from the main trail, and has the only trees about it known in that country. First you come upon a pool of waste full of weeds of a poisonous dark green, every reed ringed about the water-level with a muddy white incrustation. Then the three oaks appear staggering on the slope, and the spring sobs and blubbers below them in ashy-colored mud. All the hills of that country have the down plunge toward the desert and back abruptly toward the Sierra. The grass is thick and brittle and bleached straw-color toward the end of the season. As I rode up the swale of the spring I saw the Walking Woman sitting where the grass was deepest, with her black bag and blanket, which she carried on a stick, beside her. It was one of those days when the genius of talk flows as smoothly as the rivers of mirage through the blue hot desert morning.

You are not to suppose that in my report of a Borderer I give you the words only, but the full meaning of the speech. Very often the words are merely the punctuation of thought; rather, the crests of the long waves of inter-communicative silences. Yet the speech of the Walking Woman was fuller than most.

The best of our talk that day began in some dropped word of hers from which I inferred that she had had a child. I was surprised at that, and then wondered why I should have been surprised, for it is the most natural of all experiences to have children. I said something of that purport, and also that it was one of the perquisites of living I should be least willing to do without. And that led to the Walking Woman saying that there were three things which if you had known you could cut out all the rest, and they were good any way you got them, but best if, as in her case, they were related to and grew each one out of the others. It was while she talked that I decided that she really did have a twist to her face, a sort of natural warp or skew into which it fell when it was worn merely as a countenance, but which disappeared the moment it became the vehicle of thought or feeling.

The first of the experiences the Walking Woman had found most worthwhile had come to her in a sand-storm on the south slope of Tehachapi in a dateless spring. I judged it should have been about the time she began to find herself, after the period of worry and loss in which her

wandering began. She had come, in a day pricked full of intimations of a storm, to the camp of Filon Geraud, whose companion shepherd had gone a three days' *pasear* to Mojave for supplies. Geraud was of great hardihood, red-blooded, of a full laughing eye, and an indubitable spark for women. It was the season of the year when there is a soft bloom on the days, but the nights are cowering cold and the lambs tender, not yet flockwise. At such times a sand-storm works incalculable disaster. The lift of the wind is so great that the whole surface of the ground appears to travel upon it slantwise, thinning out miles high in air. In the intolerable smother the lambs are lost from the ewes; neither dogs nor man make headway against it.

The morning flared through a horizon of yellow smudge, and by mid-forenoon the flock broke.

"There were but the two of us to deal with the trouble," said the Walking Woman. "Until that time I had not known how strong I was, nor how good it is to run when running is worthwhile. The flock travelled down the wind, the sand bit our faces; we called, and after a time heard the words broken and beaten small by the wind. But after a while we had not to call. All the time of our running in the yellow dusk of day and the black dark of night, I knew where Filon was. A flock-length away, I knew him. Feel? What should I feel? I knew. I ran with the flock and turned it this way and that as Filon would have.

"Such was the force of the wind that when we came together, we held by one another and talked a little between pantings. We snatched and ate what we could as we ran. All that day and night until the next afternoon the camp kit was not out of the cayaques. But we held the flock. We herded them under a butte when the wind fell off a little, and the lambs sucked; when the storm rose they broke, but we kept upon their track and brought them together again. At night the wind quieted, and we slept by turns; at least Filon slept. I lay on the ground when my turn was, tired and beat with the storm. I was no more tired than the earth was. The sand filled in the creases of the blanket, and where I turned, dripped back upon the ground. But we saved the sheep. Some ewes there were that would not give down their milk because of the worry of the storm, and the lambs died. But we kept the flock together. And I was not tired."

The Walking Woman stretched out her arms and clasped herself, rocking in them as if she would have hugged the recollection to her breast.

"For you see," said she, "I worked with a man, without excusing, without any burden on me of looking or seeming. Not fiddling or fumbling as women work, and hoping it will all turn out for the best. It was not for Filon to ask, Can you, or Will you. He said, Do, and I did. And my work was good. We held the flock. And that," said the Walking Woman, the twist coming in her face again, "is one of the things that make you able to do without the others."

"Yes," I said; and then, "What others?"

"Oh," she said, as if it pricked her, "the looking and the seeming."

And I had not thought until that time that one who had the courage to be the Walking Woman would have cared! We sat and looked at the pattern of the thick crushed grass on the slope, wavering in the fierce noon like the waterings in the coat of a tranquil beast; the ache of a world-old bitterness sobbed and whispered in the spring. At last —

"It is by the looking and the seeming," said I, "that the opportunity finds you out."

"Filon found out," said the Walking Woman. She smiled; and went on from that to tell me how, when the wind went down about four o'clock and left the afternoon clear and tender, the flock began to feed, and they had out the kit from the cayaques, and cooked a meal. When it was over, and Filon had his pipe between his teeth, he came over from his side of the fire, of his own notion, and stretched himself on the ground beside her. Of his own notion. There was that in the way she

said it that made it seem as if nothing of that sort had happened before to the Walking Woman, and for a moment I thought she was about to tell me of the things I wished to know; but she went on to say what Filon had said to her of her work with the flock. Obvious, kindly things, such as any man in sheer decency would have said, so that there must have something more gone with the words to make them so treasured of the Walking Woman.

"We were very comfortable," said she, "and not so tired as we expected to be. Filon leaned upon his elbow. I had not noticed until then how broad he was in the shoulders, and how strong in the arms. And we had saved the flock together. We felt that. There was something that said together, in the slope of his shoulders towards me. It was around his mouth and on the cheek high up under the shine of his eyes. And under the shine the look — the look that said, 'We are of one sort and one mind' — his eyes that were the color of the flat water in the toulaires — do you know the look?"

"I know it."

"The wind was stopped and all the earth smelled of dust, and Filon understood very well that what I had done with him I could not have done so well with another. And the look — the look in the eyes —"

"Ah-ah —!"

I have always said, I will say again, I do not know why at this point the Walking Woman touched me. If it were merely a response to my unconscious throb of sympathy, or the unpremeditated way of her heart to declare that this, after all, was the best of all indispensable experiences; or in some flash of forward vision, encompassing the unimpassioned years, the stir, the movement of tenderness were for me — but no; as often as I have thought of it, I have thought of a different reason, but no conclusive one, why the Walking Woman should have put out her hand and laid it on my arm.

"To work together, to love together," said the Walking Woman, withdrawing her hand again, "there you have two of the things; the other you know."

"The mouth at the breast," said I.

"The lips and the hands," said the Walking Woman. "The little, pushing hands and the small cry."

There ensued a pause of fullest understanding, while the land before us swam in the noon, and a dove in the oaks behind the spring began to call. A little red fox came out of the hills and lapped delicately at the pool.

"I stayed with Filon until the fall," said she. "All that summer in the Sierras, until it was time to turn south on the trail. It was a good time, and longer than he could be expected to have loved one like me. And besides, I was no longer able to keep the trail. My baby was born in October."

Whatever more there was to say to this, the Walking Woman's hand said it, straying with remembering gesture to her breast. There are so many ways of loving and working, but only one way of the first-born. She added after an interval that she did not know if she would have given up her walking to keep at home and tend him, or whether the thought of her son's small feet running beside her in the trails would have driven her to the open again. The baby had not stayed long enough for that. "And whenever the wind blows in the night," said the Walking Woman, "I wake and wonder if he is well covered."

She took up her black bag and her blanket; there was the ranch-house at Dos Palos to be made before night, and she went as outliers do, without a hope expressed of another meeting and no word of good-bye. She was the Walking Woman. That was it. She had walked off all sense of

society-made values, and, knowing the best when the best came to her, was able to take it. Work — as I believed; love — as the Walking Woman had proved it; a child — as you subscribe to it. But look you: it was the naked thing the Walking Woman grasped, not dressed and tricked out, for instance, by prejudices in favor of certain occupations; and love, man love, taken as it came, not picked over and rejected if it carried no obligation of permanency; and a child; *any* way you get it, a child is good to have, say nature and the Walking Woman; to have it and not to wait upon a proper concurrence of so many decorations that the event may not come at all.

At least one of us is wrong. To work and to love and to bear children. *That* sounds easy enough. But the way we live establishes so many things of much more importance.

Far down the dim, hot valley, I could see the Walking Woman with her blanket and black bag over her shoulder. She had a queer, sidelong gait, as if in fact she had a twist all through her.

Recollecting suddenly that people called her lame, I ran down to the open place below the spring where she had passed. There in the bare, hot sand the track of her two feet bore evenly and white.